

# The Economist

---

How high could the oil price go?

---

A bad Chagos deal

---

Asia's new tech war

---

AI wins big at the Nobels

---

OCTOBER 12TH-18TH 2024

---

**THE TRUMPIFICATION**

**OF AMERICAN POLICY**



# ¿Hasta dónde podría llegar el precio del petróleo?

El riesgo geopolítico está aumentando, pero también lo hace el suministro de petróleo



Fotografía: Getty Images

En todo el mundo, consumidores, automovilistas y políticos observan con nerviosismo el precio del petróleo. El conflicto entre Israel y Hamás, que comenzó hace un año, se está extendiendo. Si estalla una guerra total entre Israel e Irán, la amenaza para Oriente Medio, una región que produce un tercio del crudo mundial, es tan obvia como aterradora. Pocas materias primas afectan tanto a la economía mundial como el petróleo y, como bien saben los candidatos presidenciales de Estados Unidos, pocas tienen tantas probabilidades de influir en una elección. Los dos últimos años de inflación han demostrado hasta qué punto los votantes odian los precios impactantes.

El precio del petróleo subió un 10% en una semana, cuando Israel atacó a Hizbulá, una milicia libanesa respaldada por Irán, e Irán respondió con unos 200 misiles disparados directamente contra Israel. El 7 de octubre llegó a 81 dólares el barril, antes de caer. Hace dos años y medio, la invasión rusa de Ucrania hizo que los precios del petróleo subieran más allá de los 120

dólares, ya que Occidente impuso sanciones a Rusia y se intensificaron los temores de interrupciones en el suministro del segundo mayor exportador mundial. [¿Qué podría pasar esta vez?](#) Si los combates empeoran, es posible que se produzca un grave shock petrolero. Pero un exceso de oferta significa que el mercado petrolero es menos vulnerable a un shock de ese tipo que en 2022.

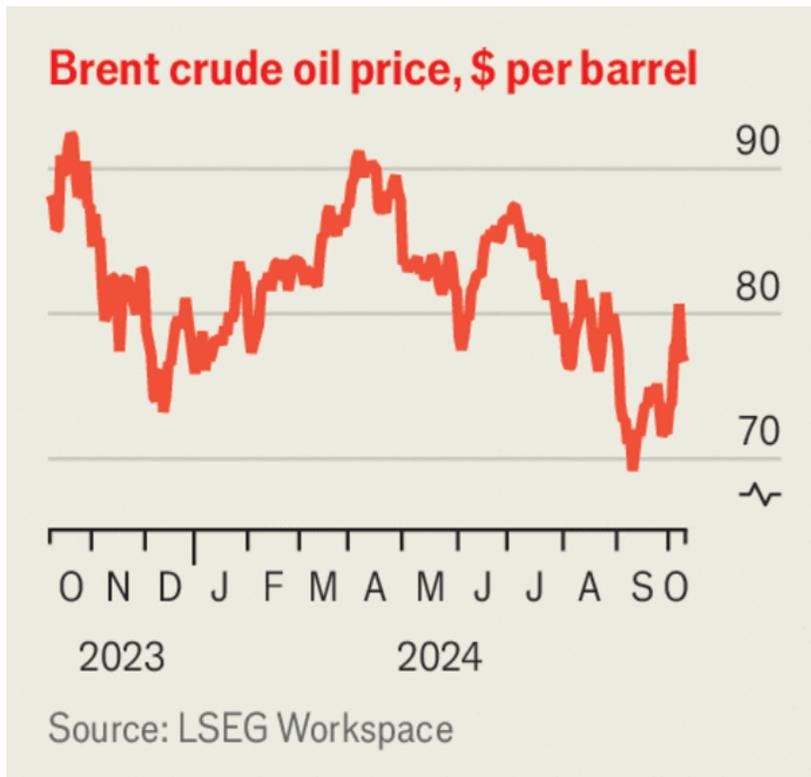


Gráfico: The Economist

En el momento de publicar este artículo, Israel aún no había tomado represalias contra Irán. El 3 de octubre, Joe Biden, el presidente de Estados Unidos, sacudió el mercado cuando insinuó que la infraestructura petrolera de Irán podría estar en la mira de Israel. Sin embargo, ese es solo uno de los muchos objetivos posibles. E incluso si [la producción petrolera de Irán](#) se viera afectada, no es un productor tan grande como Rusia. Exporta casi 2 millones de barriles por día (bpd), aproximadamente el 2% del suministro mundial. En comparación, Rusia exporta casi 5 millones de bpd.

El panorama mundial también es marcadamente diferente al de 2022. Cuando Rusia invadió Ucrania, el petróleo escaseaba y la demanda se recuperaba con fuerza, a medida que las economías mundiales salían de los confinamientos por la covid. El mercado estaba maduro para una sorpresa. Hoy el mundo está nadando en petróleo. La Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y sus aliados, encabezados por Arabia Saudita, habían tratado de mantener altos los precios bombeando menos. Pero ese plan ha fracasado, alimentando la indisciplina y el engaño de otros miembros. Ahora está siendo abandonado, y el cártel ha prometido aumentar la producción en diciembre.

Incluso Arabia Saudita, que está desesperada por conseguir precios más altos para financiar sus ostentosos planes de gasto en el país, está tirando la toalla. Según se informa, ha bajado su precio “objetivo” de 100 dólares por barril, para al menos poder apuntalar su participación en el mercado. La OPEP y sus aliados tienen una capacidad de reserva de más de 5 millones de bpd; Arabia Saudita por sí sola podría aumentar la producción en 3 millones.

Las disputas de la OPEP ocultan un cambio más fundamental. Casi el 60% del petróleo del mundo proviene ahora de países distintos del cártel y sus aliados, frente al 44% en 2019. Los [productores de gas de esquisto estadounidenses](#) se han convertido en los mayores productores del mundo con diferencia. Brasil, Canadá y Guyana han aumentado su producción en los últimos años. Según la Agencia Internacional de la Energía, la producción de los países no pertenecientes a la OPEP crecerá en 1,5 millones de bpd el próximo año.

Al mismo tiempo, la demanda de petróleo ha sido tibia. Tras su recuperación pospandémica, las economías de Estados Unidos y Europa se están desacelerando a medida que comienzan a sentirse los aumentos anteriores de las tasas de interés. La economía de China está luchando bajo el peso de su caída del mercado inmobiliario. El 8 de octubre, la Administración de Información Energética de Estados Unidos revisó a la baja su pronóstico para la demanda mundial de petróleo en 2025 como resultado del debilitamiento de la actividad manufacturera en todo el mundo. Antes de la última escalada en Oriente Medio, los comerciantes de petróleo habían esperado un exceso de oferta en 2025 como consecuencia del debilitamiento del crecimiento de la demanda y la expansión de la oferta, lo que empujaría los precios por debajo de los 70 dólares el barril.

La abundante oferta actual constituye un escudo contra los shocks geopolíticos, pero no es inexpugnable. Si Israel atacara la infraestructura petrolera de Irán, Irán podría atacar a los productores de petróleo que han firmado acuerdos económicos con Israel, como Bahrein o los Emiratos Árabes Unidos. O podría bloquear el estrecho de Ormuz, por donde pasa gran parte del petróleo del Golfo. Eso podría llevar el precio del petróleo cerca de sus máximos de 2022.

Los gobernantes teocráticos de Irán serían tontos si tomaran esas medidas, que podrían arrastrar a Estados Unidos al conflicto y enfurecer a los pocos amigos que le quedan a Irán, como China, el mayor importador de petróleo del mundo. Pero en Oriente Medio, nunca se pueden descartar del todo los escenarios de pesadilla. Como la producción petrolera sigue concentrada en un puñado de países, la oferta sigue siendo vulnerable a las decisiones imprudentes de unos pocos autócratas. Sin embargo, gracias al aumento de la producción mundial y al debilitamiento de la demanda, el mercado está mejor protegido que antes.

# La primera línea de la guerra tecnológica está en Asia

Las dos superpotencias compiten por la influencia. China  
no ganará necesariamente



Ilustración: Ben Jones

La lucha tecnológica entre las dos superpotencias nunca está lejos. Esta semana, el *Wall Street Journal* informó de una violación de las redes de telecomunicaciones estadounidenses por parte de un grupo de piratas informáticos chino conocido como “Salt Typhoon”, que aparentemente tenía la intención de obtener información sobre las actividades de escuchas telefónicas estadounidenses. En ambos países, la profunda desconfianza ha llevado a una política de rechazo a la infraestructura digital del otro. El Tío Sam prohíbe a Huawei, una empresa china, instalar su equipo de telecomunicaciones en Estados Unidos; China desalienta la venta de servidores y productos de computación en la nube de Silicon Valley dentro de sus fronteras.

Sin embargo, en gran parte del mundo, las infraestructuras estadounidenses y chinas (los centros de datos, los cables submarinos y los cables que sustentan Internet) conviven en paralelo, mientras los dos países compiten por cuota de mercado, beneficios e influencia geopolítica. La contienda más feroz se da en Asia, donde la presencia de empresas chinas de infraestructura digital ya es sustancial. Alrededor del 18% de todos los cables submarinos nuevos en todo el mundo en los últimos cuatro años han sido construidos por una sola empresa

continental, y muchos de ellos atraviesan Asia. La operación en la nube de Alibaba está activa en nueve países asiáticos y Huawei ha construido muchas [redes móviles](#) .

El éxito de China refleja en parte un plan gubernamental. Su estrategia de la Ruta de la Seda Digital, una rama de la iniciativa Belt and Road del presidente Xi Jinping, apunta a dominar la infraestructura de Internet de la región. También ayuda el hecho de que las empresas chinas son innovadoras y más baratas que las estadounidenses, aunque algunas reciben ayuda de subsidios ocultos del gobierno. Según una estimación, los servicios de nube chinos cuestan un 40% menos que los administrados por los estadounidenses.

Si China llegara a dominar la infraestructura digital de Asia, las consecuencias serían profundas. Su Partido Comunista gobernante quiere fijar las normas que rigen los datos e Internet. La influencia de China en los [organismos de normalización técnica](#) del mundo ha aumentado y ha promovido una visión de “soberanía de los datos”, según la cual los gobiernos controlan la información y se aseguran de que se almacene localmente, de modo que nada pueda escapar del control del Estado.

### **Dilema digital**

Peor aún, la infraestructura digital dirigida por China podría exponer a los países asiáticos a riesgos de espionaje y sabotaje. Algunos gobiernos se muestran complacientes con esto, pero no deberían serlo. Los piratas informáticos chinos han robado información sobre el Mar de China Meridional a Filipinas y han atacado el yacimiento de gas Kasawari de Malasia, que se encuentra en aguas que China reclama como suyas.

En la década de 2000, cuando se estaban construyendo las redes de telecomunicaciones móviles, dos empresas chinas, Huawei y ZTE , derrotaron rotundamente a sus rivales estadounidenses y europeos en Asia. Pero eso no significa necesariamente que las empresas chinas ganen la batalla para suministrar la próxima generación de infraestructura digital. El ciclo de inversión apenas ha comenzado. Las empresas tecnológicas invertirán decenas de miles de millones de dólares anuales en centros de datos en Asia durante los próximos años. Y el panorama dista de ser uniforme. Un estudio concluye que China domina los centros de computación en la nube en cinco de los doce países asiáticos, Estados Unidos lidera en cinco y están empatados en dos. Algunos países, incluida la India, se han vuelto más cautelosos recientemente ante el riesgo de seguridad que plantean las empresas chinas.

Para triunfar, Estados Unidos debe centrarse en tres prioridades. La primera es endurecer su postura con sus aliados, que se han vuelto totalmente dependientes de China, en particular Tailandia y Filipinas. Este último país está intensificando sus vínculos militares con Estados Unidos a pesar de que su infraestructura digital es vulnerable, lo que no tiene mucho sentido. Algunos países, como Pakistán y Camboya, han cedido la soberanía digital a China y son causas perdidas.

En segundo lugar, Estados Unidos debería aspirar a desarrollar una alianza asiática en materia de ciberseguridad e inteligencia artificial. En 2017, Donald Trump abandonó un ambicioso

acuerdo comercial regional, el Acuerdo Transpacífico, que habría regulado el comercio digital, entre muchas otras cosas. Será imposible reactivarlo debido al giro proteccionista de Estados Unidos, pero es plausible que se llegue a un acuerdo más estrecho con algunos países, dándoles acceso a la tecnología estadounidense a cambio de garantías de una mayor cautela respecto de los riesgos de seguridad chinos.

Por último, las agencias de inteligencia de Estados Unidos podrían arrojar más luz sobre las maniobras cibernéticas chinas. El conocimiento público sobre la escala del espionaje y el pirateo informático chinos es limitado. Es hora de crear conciencia de que la infraestructura digital barata china tiene un agujón en la cola.